

Panel: “El discurso y el método psicoanalítico”¹

El Discurso y el Método Psicoanalítico

*Myrta Casas de Pereda*²

*“La lengua es el sistema común a todos;
el discurso es a la vez portador
de un mensaje e instrumento de acción”.*

E. BENVENISTE

Problemas de Lingüística General

Resumen

Se realiza un breve desarrollo del perfil realizativo del discurso en la transferencia analítica. Es a través de ésta que se actualiza (se hace presente) el objeto tanto en la faz estructurante como sintomática de la organización subjetiva, como a su vez, es también, en la palabra del analista, con todas las prerrogativas del discurso (palabra, gesto, entonación de la voz, sintaxis y silencios) que se infiere la dimensión del objeto acercándolo de modo singular en el acto de decir.

El analista presentifica el objeto y habilita así una nueva vuelta pulsional permitiendo la pérdida necesaria para que acontezca un momento de simbolización psicoanalítica; ofrece así una chance diversa de reescritura.

Se reúne la fuerza perlocucionaria del performativo (John Austin) que propicia un refuerzo de referente en las expresiones realizativas, con los tres elementos de la semiosis peirciana que anuda: elementos perceptivos (que incluyen todo lo sensorial), la experiencia con el objeto y el símbolo como interpretante. El discurso, para el

¹. 42° Congreso de IPA, Niza 2001. Panel “El discurso y el método psicoanalítico”.

². Miembro Titular de APU. Av. Gral. Rivera 2516. 11300 Montevideo
E-mail: mcasas@uyweb.com.uy

psicoanálisis, a diferencia de la lingüística o de la semiótica (Charles S. Peirce), está habitado por el sujeto.

A través del discurso se pone en acto una vivencia experiencial, en gerundio, donde la simbolización que siempre indica una pérdida, conduce a una articulación significativa.

Se propone considerar significativa un gesto, una acción que, en tanto gerundio, gramaticalizan en lo perceptivo vivencial, la posibilidad de significación. Icono, índice y símbolo (Peirce) son los elementos constitutivos de una triadización que acontece espiraladamente y en simultaneidad en la simbolización psicoanalítica y que señalan una producción subjetiva. El discurso conlleva el afecto y el efecto sobre el otro, que anuda el deseo inconsciente, propio y ajeno.

El significativo psicoanalítico es contemplado con la perspectiva semiótica que también permite inferir la pérdida desde la fuerza actualizada del discurso.

La fuerza del performativo que propicia un momento productivo en el ámbito transferencial se ilustra con una breve viñeta clínica.

Abstract

The paper involves a short development on the performing³ aspect of discourse in the analytical transference. It is through the transference that the object is actualized (made present) both in its structuring aspect and as a symptomatic aspect of the subjective organization, and it is also from the analyst's words, with all the discourse's prerogatives (words, gestures, tone, syntax, and silence) that the dimension of the object is inferred, brought nearer, in a unique manner, by the mere act of saying.

The analyst makes the object present, thus allowing a new drive turn which allows the loss that is necessary for the occurrence of a psychoanalytic symbolization instance; and thus, an opportunity for a new, different re-writing is available.

The perlocutionary strength of the performative (John Austin), allowing a reinforcement of the referent in performative expressions, is thus linked to the three components of Peirce's Semiotics, i.e. perceptive elements (including all sensorial aspects), an experience with the object, and the symbol as an *interpretant*. In

³. The Spanish for "to perform" is "realizar", and throughout the paper the author plays with the realizative-performative aspect of performing, that includes, in Spanish, the word "real".

Psychoanalysis, conversely to Linguistics or Semiotics (Charles S. Peirce), the discourse is inhabited by the subject.

In the discourse, an experiencing experience, in the gerund, is *mise en acte*, where symbolization, always indicating a loss, leads to a meaningful articulation.

The paper suggests considering the signifying nature of a gesture, an action that, while in the gerund, imposes a grammatical profile on perceptive experiences, and thus the possibility for signification. The icon, the index, and the symbol (Peirce) are the constitutive elements of a triad which occurs in a spiraled and simultaneous manner in psychoanalytic symbolization, all indicating a subjective production. The discourse implies affection for and effects on the Other, knotting together the subject's and the Other's unconscious wish.

El discurso, en el corazón del método psicoanalítico, es tanto lo que habilita la escucha del sentido como la percepción de lo enigmático, y es en su dimensión 'realizativa' que se pone en escena el fantasma. *La transferencia analítica sostiene dicha puesta en escena donde la simbolización, que siempre implica una pérdida, conduce a una articulación significativa.*

La transferencia trabaja en los movimientos del deseo inconciente, que constituyen y destituyen al sujeto psíquico de los lugares que en la historización fantasmática articulan trauma y síntoma. Lugar privilegiado para pensar la trama metapsicológica donde interesa **el modo** en que se hace presente para el paciente el objeto: su peripecia pulsional-objetal tanto en su faz estructurante como sintomática. Se recrean o, mejor, se producen entonces especularidades, se infieren atribuciones y funciones y se promueven sometimientos o rebeldías, íntimamente ligadas a idealizaciones cuya contracara presentifica ominosas amenazas. De allí que la palabra del analista (como respuesta al paciente), con todas las prerrogativas del discurso (palabra, gesto, entonación de la voz, sintaxis y silencios), sea esencial, en tanto permite inferir o no la dimensión del objeto acercándolo, de un modo manifiesto, en el acto de decir. Y en esos avatares vivenciales la angustia señala tanto el deseo como la cercanía del goce. Por eso, el discurso del analista requiere hacer presente tanto el reconocimiento como la prohibición.

La angustia como defensa constituye un elemento privilegiado para la escucha analítica pues, en tanto señal (Freud, 1926), indica el punto sensible del fantasma sintomático. Protege y señala de la proximidad del objeto con los caracteres conflictivos que dieran lugar a una marca traumática. La muerte, como contracara natural de la

castración, instituye los fantasmas ominosos que pueblan la relación con el objeto y señala los efectos de una deficitaria estructuración psíquica. Acercarse a lo enigmático del deseo del otro reproduce la vivencia de amenaza, o de goce en la fusión o de frustración de amor en cada instante de separación. Los desfallecimientos yoicos o las convicciones arrasan con la consistencia simbólica del fantasma, fijando al sujeto en un narcisismo fuera de fronteras.

En el marco transferencial, el paciente tensa al máximo la relación con el otro repitiendo sus marcas traumáticas y así abre a la posibilidad de una respuesta diferente del Otro que pueda dar lugar a cierto cambio estructural (organizativo).

Sobre el discurso

El término discurso tiene consistentes raíces en la lingüística, la psicología, la filosofía del lenguaje, la semiótica, la retórica, la poética... El psicoanálisis, nutrido de todas ellas, inaugura un camino propio donde el símbolo adquiere una connotación, por entero diferente, en relación al sujeto dividido y el deseo inconsciente.⁴

Ya más alejados de un tiempo de controversias entre acto y palabra (aunque ella no ha cesado y se reinstala empecinadamente) o del lenguaje solo como comunicación, la perspectiva psicoanalítica, con las diferencias que determina su marco epistemológico, desarticula encasillamientos donde la pragmática o la semiótica quedaban como subentidades del lenguaje o en categorizaciones en funciones “superiores” e “inferiores” del mismo. J. Canestri (1998) subraya el hecho de que *“the communication takes second place, while the value of the word it self as revelation, passes into the forefront”*.

Para señalar solo alguno de los elementos que el psicoanálisis privilegia, digamos que discurso es ante todo intertextualidad donde la peripecia dialógica adquiere un perfil eminentemente dinámico y **productor**: *“un acto humano es un texto en potencia y puede ser comprendido tan solo dentro del contexto dialógico de su tiempo, como réplica, como postura llena de sentidos, como sistema de motivos”* (Bajtín, 1982, p. 298). Y esto acontece de modos complejos, cambiantes, diversos, paradójales y requiere del otro para que acontezca una articulación reorganizadora.

He trabajado antes (1999, Caps. 1, 2, 3 y 21) sobre la importancia de los tiempos semióticos de la simbolización, icónicos, indiciales y simbólicos (tomo elementos de la

⁴. Michel Pêcheux y sus aportes sobre lingüística, ideología y psicoanálisis ya señalaba en 1969 que el discurso no puede confundirse con su evidencia empírica.

lógica trivalente de Peirce –1974, 1991), donde las mediatizaciones son imprescindibles en lo fáctico, y se precisa del objeto para articular y representar sentidos (ver llamada 2). Verdaderas preeminencias metonímicas, como acontece con el objeto transicional, en su rol de *presentificador*, que señalan necesidades estructurantes. Si bien hay en él efectos de metáfora aún se requiere del referente fáctico.

Mis trayectos de investigación han estado siempre determinados por los cuestionamientos surgidos en las lides de la praxis especialmente en mi práctica con niños. Subrayo que el sujeto (inconsciente) produce representaciones y se produce al realizarlas, requiriendo del objeto para “*crearlo*” (Winnicott, 1953) y perderlo y dicha realización transcurre en movimientos espiralados que reúnen (cada vez que se efectúa una marca psíquica) los tres elementos del modelo peirciano: *cuerpo*, sensación y percepción, *objeto* e *interpretante*. Solo que el discurso para el psicoanálisis, a diferencia de la lingüística y la semiótica, está habitado por el sujeto (inconsciente) (Freud, 1900).

El sujeto (se) va creando *interpretante*, en tanto ícono e índice despliegan la circulación del deseo. En dicha interrelación es indispensable la presencia del deseo del otro para que el trabajo de la pulsión en su circulación (donde queda aludida la *primeridad*, Peirce) habilite un experimentar con/del objeto (correspondería a la *segundidad*) que da lugar a una sujetización-simbolización, que es emergencia del sujeto deseante (*terceridad*).

La importancia de la simbolización icónica dentro del marco de toda simbolización significa restituir valor a elementos ubicados habitualmente del lado de la patología. Ello implica desnaturalizar lo dual –aislarlo de lo triádico– ya sea en semiótica o en psicoanálisis. En el ámbito de la estructuración psíquica acontecen espiraladamente y en simultaneidad momentos icónicos, indiciales y simbólicos.

Lo icónico y lo indicial no son momentos inferiores en un supuesto desarrollo progresivo, donde se alcanzaría el piso superior del símbolo, sino cualidades psíquicas – con caracteres propios– que forma parte de una posibilidad que consiste en su articulación en la relación triádica. Momento donde, desde nuestra perspectiva, se vuelve consistente la pérdida de (un lado real) el objeto, a través de la *segundidad indicial*.⁵

⁵. El *ícono*, pura Peirce, inmerso en su concepción de *primeridad*, consiste en “cualidades del sentir”, “pura cualidad sensible”, “apariencia”, “pura potencialidad”, “un instante de tiempo”. El *índice*, en el contexto de la *segundidad*, corresponde a “la experiencia del esfuerzo de algo que actúa sobre algo”,

El que la palabra simbolice o que la simbolización sea posible por la palabra, dado que el significante prevalece sobre el significado, forma parte de los conceptos fundamentales del psicoanálisis que Freud introduce a partir de la Interpretación de los Sueños, El Chiste... y Psicopatología de la Vida Cotidiana. Pero, además, y también desde Freud, la significación en acto que el *Fort-da* dibuja, es la marca del significante generando una escansión en dicho intervalo, donde puede funcionar el sujeto en el objeto, lo cual implica la constitución del sujeto y la desaparición del objeto. Es la repetición de una ausencia lo que hace a la posibilidad de que haya un sujeto de deseos, es decir, una división consciente-inconsciente. De allí que el acto, al desplegarse, realizarse como acción, asume el carácter de metonimias en movimiento.

Se complejiza la perspectiva metapsicológica al incluir la imagen, este pasaje a lo perceptivo, al gesto *–movimiento dado a ver* (Lacan, 1964, p. 126)– que se significa hacia atrás, al igual que la palabra, es decir, una vez finalizado. Complejidad que atañe a la posibilidad de considerar significante un gesto, una acción, que en tanto gerundio gramaticaliza en lo perceptivo la posibilidad de una significación.

En ello también radica otro aspecto del problema, pues en estas modalidades de lo icónico o indicial, de lo fáctico de los referentes, ya sea un objeto real, como ocurre con el objeto transicional, o de un fantasma, como el del compañero imaginario, se produce un deslizamiento inmediato al significado, que nos hace perder de vista el significante. Sin embargo, es él, que como ícono o como índice, resulta en esa evidencia de la imagen, y ella encierra la paradoja de aparentar lo que no engaña y, al mismo tiempo, dicha evidencia de la imagen vuelve inaprehensible en sentido estricto o absoluto la realidad. Lo que construimos es una realidad subjetiva, la *Wirklichkeit* freudiana (realidad efectiva) que dista mucho de la realidad.

Me permito reunir la fuerza locucionaria del performativo, lo que Austin (1962) denomina *expresiones realizativas (performative utterances)*⁶ con elementos de la

“resistencia”, “relación”, “efecto”, “negación”. Implica la diferencia entre una y otra y evoca la alternancia de presencia-ausencia. El *símbolo*, inmerso en la *terceridad*, señala al interpretante, que no es sino un tercero que pone a un primero en relación con un segundo. “Cualidad”, “relación” y “mediación” es otra de las maneras como Peirce refiere a *primeridad, segundidad, terceridad* (Peirce, 1991, p.185 a 189).

⁶ La conjunción de actos fonéticos, fácticos, y réticos (emisión de una secuencia de sonidos, emisión de palabras dentro de un sistema gramatical y emisión de palabras con un sentido y una referencia dadas) integran lo que Austin denomina *acto locucionario*. El *acto ilocucionario* es el que se realiza al decir y, por ende, supone el llevar a cabo el acto locucionario. Y, finalmente, la importancia del performativo acontece en la tercera subdivisión de Austin, el *acto perlocucionario*, que es el que realizamos por el hecho de llevar a cabo un acto ilocucionario. “*El performativo no consiste meramente en decir algo sino en hacer algo que no es un informe, verdadero o falso, acerca de algo*”, ídem, p. 66. El “sí” de la ceremonia del matrimonio o el “prometo” o la palabra “hola” del acto del

semiótica peirciana, que ponen de relieve la importancia de la imagen, de lo perceptivo (mirada), que incluye lo auditivo (la voz), y todo lo sensorial que constituye lenguaje, discurso. Propongo entonces que el performativo, al producir una situación sensible pone en acto una vivencia experiencial, donde se aúnan la palabra, con su innegable raíz pulsional (I. Fonagy, 1970), “*que proporciona una sucesión discreta de conocimiento*” (Fló, 1989, p. 30), con la imagen, “*que proporciona una totalidad simultánea y continua*” y que “*hace presente perceptivamente lo que representa*” (Ídem, p. 37).⁷

Proponemos, entonces, pensar *el performativo (Austin) como una simbolización icónica, indicial y también simbólica, que reúne la pura indeterminación de la primeridad sensorial (posibilidad) con el hecho, el acto, lo que constituye una experiencia aconteciendo con el objeto (la facticidad propia de la segundidad), que implica a un interpretante que no hace del acontecimiento un recuerdo exactamente sino una producción subjetiva cada vez.*

Esto sería una suerte de descripción desde la pragmática, que reuniéndose con la metapsicología del hecho inconsciente, en su indeterminación esencial, permite cada vez la expresión de una cierta verdad parcial para el sujeto.

Si hablar es hacer cosas con palabras (Austin) también hacer es hablar. La experimentación sensible de un sentido dado aproxima el carácter de la simbolización icónica e indicial, a una de las prerrogativas de la imagen: “*en ellas las cualidades visuales no están mencionadas sino experimentadas*” (Fló, ídem, p. 30). Las articulaciones significantes que revelan esta perspectiva semiótica del trayecto percepción-resignificación o reescritura median entre la pulsión y el deseo del otro como respuesta. El *refuerzo referencial*⁸ del performativo hace presente en forma significativa el objeto.

La imagen, privilegiada en la fuerza del fantasma, es lo que primero defiende de la o pérdida o de la ausencia y allí radica la función específica de la *desmentida estructural*. Por otra parte, la importancia del significante gestual o del valor significativo del gesto, de la mirada, del tono utilizado, radica en convocar fuertemente la presencia de algún signo que provenga del otro (de su deseo inconsciente) y en esa articulación (de

saludo, etc. Estos elementos de la lingüística así como de la semiótica de Peirce, integran mis reflexiones en torno a la simbolización psicoanalítica desarrollados en M. C. de Pereda, 1999.

⁷. En relación a la imagen, recordemos que el deseo, habitando el discurso, da cuenta de la intensidad de la alienación en el otro, en máscaras o soportes identificatorios que se le ofrecen al niño desde los comienzos de la vida.

⁸. Harari, R. (1997) ha señalado la importancia del *exceso referencial* y propone que es el fracaso del performativo que habilita la dimensión del objeto (p. 136-137).

significante a significante) emerge la subjetividad. El sujeto es el efecto de la simbolización que implica su encuentro-desencuentro con el otro, que de allí en más demanda, desea y fantasea.

Discurso, entonces, que reúne verbo y acto, no implica la reducción del significante psicoanalítico sino que, por el contrario, *capta su dimensión encarnada como peripezia simbólica*, dimensión que se espacializa entre dos sujetos y que emerge entre dos representaciones. “*Hay un lado realizativo de la subjetividad que acontece como acto significante*” (M. C. de Pereda, 1999, p. 43).

Ello apunta a un hecho capital: el objeto real que frustra y satisface debe habilitar una pérdida para que acontezca un momento de simbolización psicoanalítica. La transferencia analítica pone delante al objeto perdido como potencial encuentro y satisfacción de todo lo no acontecido. El imaginario dual, totalizador, propio del yo ideal, llena la escena y el analista, desde su discurso, desplegará el juego de la mosqueta indefinidamente; presentificará al objeto para volverlo evanescente y real al mismo tiempo, habilitando una vuelta de la pulsión que rodeando el objeto, vuelve al sujeto con una chance diversa de marca psíquica. El valor del símbolo, de la simbolización en psicoanálisis, radica en que sostiene y señala la división consciente-inconsciente. El termómetro de las vueltas pulsionales, del despliegue inconsciente señalado, es la presencia de la angustia.

Los fenómenos inconscientes que se despliegan en la sesión analítica y que constituyen el lado dialógico del discurso son siempre descentrados respecto del yo, sostenidos por la función analítica transferencial (nivel simbólico*) que permite la puesta en escena de viejos-nuevos libretos (nivel imaginario*) con una sustracción permanente de sentido (real*), todo lo cual es enunciado por el yo que, a su vez, ignora parcialmente su procedencia.

La fuerza del performativo, que determina un momento productivo en el contexto transferencial, la veremos a través de una breve viñeta donde el objeto, actualizado, presentificado, propio de la marca pulsional representacional traumática, reitera su despliegue de angustias, de afectos, y sufre una cierta inflexión, consecuencia de la intervención analítica, habilitando una prosecución representacional diferente.

Viñeta clínica

* Trípode que Lacan utiliza a lo largo de su obra.

Ana, a los 40 años, mantiene una intensa relación de dependencia con su madre, siendo una profesional destacada vive en profunda soledad. La intensidad transferencial adquirió en los primeros tiempos un matiz altamente persecutorio, que recreaba su fantasma de haber sido la hija más valorada y también la “menos” amada. Su vivencia de ser expulsada remitía a haber sido llevada durante los primeros años de la infancia, en “préstamo” a la casa de un familiar para acompañarlo en su soledad. Allí pasaba largos períodos.

En los avatares transferenciales, intensos, tormentosos, siempre al borde del abandono del tratamiento, el odio podía volverse intensamente constrictivo del vínculo y demandaba esfuerzos de tolerancia, calma y no devolución.

Luego de una interrupción habitual (Pascuas), inicia la sesión expresando su disgusto por venir, lo poco que le sirve el análisis, etc., etc. Promediando la sesión intervine para decir que parecía estar muy enojada conmigo. Se produjo un silencio prolongado al cabo del cual me dice en un tono de profundo odio y con una inminencia del acto:

“P – ¡Cómo la odio en este instante, tengo ganas de pegarle!”.

Experimenté entonces un cierto impacto ante la intensidad y lo directo del ataque; seguido de desconcierto e impotencia. Sin embargo, no sentí rabia ni rechazo, sino más bien se aproximaba a lo que nos convoca la furia de un niño en medio de una rabieta. Le dije entonces, luego de alguna vacilación, con un predominante tono libidinal:

“A – Qué bueno que me lo dice..., la va a aliviar saber que no me lastimó”.

Luego de mi intervención, la paciente queda en silencio durante largos minutos y dice, en un tono por completo diferente:

“P – Me sigo sintiendo mal... no sé... no solo con usted... ayer con una amiga estuve mal. Me habían invitado a salir y dije que sí, pero después las dejé plantadas, no fui. No tenía ganas de estar con ellas, con nadie, solo de estar sola, de dormir... Bueno, también me dediqué a seguir haciendo unos adornos que estaba inventando... Quedaron bien... No soporto a la gente”.

En su discurso y su tono de voz inicial se escuchaba una suerte de trituración oral, esgrima hostil, de un duelo mortal con la madre, de cuya dependencia siempre activa no puede, “ni quiere”, salir. Efecto inconsciente de la suspensión-“abandono”, que dejaba perfilar el reclamo a una unión sin pérdidas con la madre, conmigo. La confrontación con el quiebre de la unión especular, de la unión ilusoria, absoluta con el otro, despierta el odio paranoico, el reclamo hostil.

Lo persecutorio integra momentos estructuradores como efecto de identificaciones especulares; momentos fecundos y frecuentes, en el transcurrir de cualquier tratamiento psicoanalítico, que se recrean en gerundio.

Con mi intervención se produce un momento de inflexión, que sólo pude inteligir en una segunda mirada sobre el material. Había ubicado un real acontecido en una suerte de futuro anterior, desplegado en tiempos verbales. El pasado como acontecido del acto de golpearme queda señalado con el “*no me lastimó*”. Así aceptaba su intenso odio y deseo de golpearme como un hecho cumplido, un hecho realizado al modo del sueño.

Recojo su intención de acto, que transitoriamente transformé en ecuación simbólica, pero a la vez desarticulándola en un efecto no acontecido. Momentos de imaginarización de afectos, vivencias, que indican la consistencia del objeto en el espacio y tiempo de la transferencia.

Se anuda allí el vínculo dual (el odio como realizado) con el soporte simbólico presente en la idea del *uso del objeto* (Winnicott, 1969) que implica el reconocimiento de ese afecto. “Sobrevivir al ataque” es permitir que el sujeto reconozca un deseo destinado a no realizarse más que como fantasma, lo cual le devuelve la capacidad simbolizadora.

Acto de lenguaje que permite el despliegue de la escena analítica en la encarnada representación de los “*personajes en busca de autor*”. Ello da cuenta de un movimiento en busca de la causa del objeto de deseo. El analista borrándose ante el objeto que él encarna habla y lo hace como la madre, en *Kaos* de Pirandello.⁹ Habla desde el espacio-tiempo de un objeto perdido y lo hace lo más próximo posible de las coordenadas de placer y displacer que rodearon su inscripción. Un Otro que no se funde o confunde con el sujeto.

Se necesita transitar el odio para que emerjan la angustia y el duelo por la pérdida. El odio oculta la angustia, y cuando se lo puede destituir o aliviar, ésta última puede hacerse presente y su reconocimiento orienta entonces hacia nuevas asociaciones (facilitaciones –*Bahnungen*–). Duelo, sublimación y transformación del odio (M. C. de Pereda, 2000), es un trípode esencial que caracteriza la tarea de un destino de pulsión, la sublimación, actuante desde siempre en la *estructuración psíquica*.

⁹. Epílogo del Coloquio con la Madre:

“*Madre: No llores... Me debes pensar como aquí, ahora, viva. (...) ... Mira las cosas de los que ya no las ven y ciertamente sentirás el dolor, pero ese dolor te las volverá más bellas, quizá por eso te llamé, solamente para decirte esto*”. Versión libremente adaptada de “*Novelas para un año*” de Luigi Pirandello para el film *Kaos*, dirigido por Paolo e Vittorio Taviani.

Enfatizo así la eficacia (poder) del decir que realiza un acto en el propio hecho del despliegue enunciativo. Perfil ilocutorio y perlocutorio del performativo que por el **refuerzo referencial** (con un perfil icónico: el tono libidinal de mi voz y también indicial como una experiencia diferente convocada por el sentido) se hace entonces presente una dimensión significativa y diferente del objeto. **En la interpretación, se produce un sentido que vuelve al sujeto como reconocimiento simbólico, sostenido en el valor del sentido emitido.** Es entre las representaciones, entonces, en la madriguera de la metonimia, en el **transcurrir del significante**, donde puede promoverse el paso esencial de la separación que instituye la metáfora.

Se puede inferir que la paciente, en su frase, denota la identificación con un objeto expulsivo, anal y oral, por el cual se sintió y organizó como “expulsada” tempranamente.

La frase de la paciente es una oración con fuerza perlocutoria (me intimida, me apena, me asombra) me enrostra su odio como acto directo y hostil y agrega el deseo de un acto complementario que, con Austin, ubicamos como *performativo desafortunado* pues implica *un acto solo pretendido* (ídem. p. 88).

Como objeto de frustración, ubicada en la madre que abandona, me hace vivir su rechazo-reclamo de una fusión imposible. En mi respuesta no retomo el odio que relanzaría retaliativamente el discurso persecutorio sino que me dejo tragar o evacuar, sin daño reconocible, y verbalizo en presente un acto como realizado (un acto simbólico de reconocimiento).

En mi respuesta estaría presente lo que Austin denomina un “*performativo implícito*” (no causó daños), que abre la vía al trabajo de la sublimación. Además, lo indicial en mí, que surgía como experiencia en *función materna* (función simbólica que pertenece a la función psicoanalítica), donde solo la tolerancia de la furia puede revertir la violencia, es escuchado por la paciente como índices de investimento libidinal. Ello permite la desarticulación del odio que oculta la angustia (sublimación) y surge el desbloqueo, la recuperación en la paciente de la libre asociación (*segundidad* experiencia con el objeto).

Se mitiga la furia, aparece el malestar con cierto perfil de culpa, también reaparecen sus viejas defensas de dormir y no pensar, pero enunciadas, y un cierto rescate libidinal en el quehacer, todo lo cual pone de relieve una restitución simbólica.

La deconstrucción del nudo dual y paranoico de la repetición pulsional se realiza y posibilita en la medida que el objeto (del ataque hostil) lo reconoce como una convocatoria libidinal.

He allí el valor del performativo haciendo presente y separable el objeto. Se puede pensar como un instante de alienación-separación, diferente al escrito de su historia, donde el goce sádico de reclamos nunca atendidos determinaba una inacabable fusión con la madre. El movimiento pulsional hace presente identificaciones con el objeto del fantasma sintomático y revela, cada vez, la importancia crucial de la respuesta del objeto desde el lugar del analista, para dar lugar a desidentificaciones o deconstrucciones.

El significante apresado por el síntoma cede lugar a la presencia de otra propuesta significante, habilitada por el performativo, donde el valor referencial y el indicial se vuelven imprescindibles. Se realiza así un sentido diferente del anterior que posibilita una sustitución significante.

La simbolización psicoanalítica requiere o implica del/el discurso para actualizar la puesta en acto de la transferencia y dar lugar a una restitución simbólica.

El punto de inflexión acontecido en la sesión demuestra entonces, una cierta corrección de la meta del deseo en su movimiento entre representaciones que deja abierta o, por lo menos en suspenso, la noción de contenidos del deseo.

Así como en la *metáfora viva*, que describiera (M. C. de P. 1999) en torno a la simbolización icónica e indicial (objeto transicional), lo real del objeto perdiéndose no termina de hacer real, el *exceso referencial* que presentifica el objeto, tiene un sesgo similar y reclama la necesidad de dicha experiencia en la repetición fecunda de la transferencia. Allí puede o no acontecer un lazo simbólico que deconstruya el bloqueo dual y sintomático y se agujeree la unificación narcisista de una ilusoria unidad.

Lo importante de estas consideraciones es que la actualización transferencial no solo produce el encadenamiento significante de la rememoración sino la producción siempre renovada de un acto de decir que crea, re-crea, el objeto viejo-nuevo, perdido-reencontrado, con un perfil de acto que reinstala la constitución de la pérdida. Es palabra y acto de producción significante en la encarnada facticidad de la transferencia donde los afectos afectan dicha producción.

Y allí el objeto no resulta nunca el mismo al final del acto, tampoco el sujeto.

The psychoanalytic significant is contemplated from a semiotic standpoint, allowing also inferring the loss from the actualized strength of the discourse.

Finally, a short clinical vignette illustrates the strength of the performative, which promotes a productive instance in the transferential setting.

Bibliografía

AUSTIN, JOHN L. (1962). "How to Do Things with Words". Compilado por J. O. Urmson. Oxford. Clarendon Press. Oxford University Press.

_____. (1982). "Cómo hacer Cosas con Palabras". Buenos Aires. Ed. Paidós.

BAJTIN, MIJAIL M. (1982). "Estética de la Creación Verbal". México. Ed. Siglo XXI.

BENVENISTE, E. (1988). "Problemas de Lingüística General". México, Siglo XXI, 14ª edición.

CANESTRI, JORGE (1998). "Notes on Linguistic Activity and Psychoanalysis". In: "Changing Ideas in a Changing World", edited by J. Sandler, R. Michels y P. Fonagy. New York. Karnak Books, 2000.

CASAS de PEREDA, MYRTA (1999). "En el Camino de la Simbolización. Producción del sujeto psíquico". Buenos Aires. Ed. Paidós, Psicología Profunda.

Capítulo 1. Acerca del Discurso Infantil

Capítulo 2. Gesto, Juego y Palabra. El discurso infantil.

Capítulo 3. Sobre el juego y la Simbolización.

Capítulo 21. Simbolización en Psicoanálisis. Nuevas aproximaciones metapsicológicas.

CASAS de PEREDA, MYRTA (2000). "De Finales y Principios. El duelo". Publicado en Libro de las XI Jornadas Científicas y I Congreso Uruguayo de Psicoanálisis "Sobre los Duelos y sus Destinos". Edición de la Comisión de Publicaciones de APU (Asociación Psicoanalítica del Uruguay).

FLO, JUAN (1989). "Imagen, Ícono e Ilusión". Montevideo, Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias.

FONAGY, IVAN (1970). "Les bases pulsionelles de la phonation". *Révue Française de Psychoanalyse*, Janvier-Fevrier, Tomo XXXIV.

FREUD, SIGMUND (1900). "La Interpretación de los sueños", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, t. IV, 1976.

FREUD, SIGMUND (1926). "Inhibición, Síntoma y Angustia", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, T. XX, 1976.

- HARARI, ROBERTO (1997). "Las disipaciones del inconsciente". Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- LACAN, JACQUES (1964) "Seminario 11", Editorial Seix Barral, Barcelona, 1977.
- PÊCHEUX, MICHEL (1969). "Analyse automatique du discours", en: "La inquiétude du discours". Paris. Ed. Des Cendres, 1990.
- PEIRCE, CHARLES SANDER (1974). "La ciencia de la semiótica". Buenos Aires. Nueva Visión.
- _____. (1991) "Peirce on Signs". Chapel Hill, The University of North Caroline Press.
- PIRANDELLO, LUIGI. "Novelas para un Año".
- WINNICOTT, DONALD (1953). "Transitional Objects and Transitional Phenomena", in: *Playing and Reality*, Hardmondsworth Penguin Education.
- _____. (1969) "The Use of an Object and Relating Through Identifications", in: *Playing and Reality*, Hardmondsworth Penguin Education.